



# **El hombre que mató a Durruti**

Novela ganadora del I Certamen Internacional de Novela Corta  
«*José Saramago*»

© Pedro de Paz, 2003



A Chon, mi princesa.  
Y a mi familia.

---

© Pedro de Paz, 2003 - 2010

Todos los derechos tanto de los textos aquí contenidos como de la presente edición electrónica corresponden a Pedro de Paz. Se permite la libre distribución y difusión de este fichero electrónico siempre y cuando: a) se distribuya sin alterar su contenido original y b) se cite la fuente y la autoría del mismo.





# El hombre que mató a Durruti

Pedro de Paz

Nota del autor. El 19 de noviembre de 1936, a los pocos meses de iniciada la guerra civil española, Buenaventura Durruti, dirigente anarcosindicalista y símbolo revolucionario, fue herido de un disparo en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid, muriendo horas después en el hotel Ritz, transformado durante la guerra en el Hospital de las Milicias Confederadas de Cataluña. A pesar de que este relato de ficción está basado en circunstancias y hechos reales y utiliza como recurso estilístico a personajes cuyos nombres y apellidos coinciden con personas que vivieron y estuvieron presentes durante el transcurso de los hechos aquí narrados, todo parecido con la realidad quizá sea pura coincidencia.

Aquel cuartucho lúgubre olía a humedad y a miedo. Su ubicación en el semisótano de aquel edificio de la calle de Fomento y su austero mobiliario —una simple mesa de madera, dos sillas, una a cada lado de la misma, y un escritorio en un rincón— ayudaba a matizar, aún más si cabía, el aspecto de la sala de interrogatorios que era. En todo Madrid se conocía sobradamente las actividades que se ejercían en la checa de Fomento y el simple hecho de encontrarse allí, tanto si era por voluntad propia como si no,

causaba temor incluso a la persona más templada. Consigo mismo como única compañía, sentado en una de las sillas, un hombre jugueteaba nerviosamente con la gorra de miliciano que sostenía entre sus manos mientras aguardaba no sabía exactamente el qué. Un sudor frío recorría su espalda y la espera le hacía sentirse más y más incomodo a cada momento. Finalmente, la puerta de la sala se abrió y entraron dos hombres vestidos con uniforme de oficial. En silencio, comenzaron a ojear unos documentos que traían en una cartera de piel. De vez en cuando levantaban la vista para observar a aquel hombre y volver de nuevo a los documentos. Uno de ellos era mayor que el otro, más cercano a los cuarenta que a los treinta, de aspecto curtido, expresión severa y ojos pequeños, grises, de mirada penetrante. Todos estos detalles, unidos a sus ademanes y su porte, sugerían cierta autoridad. El otro era más joven, de una edad indeterminada que parecía rondar los veinticinco. Poseía una expresión más afable, menos dura, pero su actitud y sobre todo la deferencia con la que parecía tratar a su compañero insinuaban que su misión consistía en ser un mero asistente. Finalmente, el oficial de mayor edad cerró la cartera y, tras depositarla sobre la mesa, se dirigió a la persona que se encontraba allí esperando.

—¿Cómo se llama?

El hombre se puso inmediatamente en pie y se cuadró delante del oficial.

—Julio Graves. A sus órdenes, mi comandante.

—Descanse, Graves —respondió el oficial de mayor edad—. Siéntese.

Aquel oficial parecía llevar la iniciativa en lo que, a todas luces, daba la impresión de ser un interrogatorio en toda regla mientras que el más joven se situó en un rincón de la sala, donde se hallaba el escritorio, limitándose a tomar notas.

—Yo soy el comandante Fernández Durán y él es el teniente Alcázar —dijo el de más edad al tiempo que señalaba al más joven—. ¿Sabe usted por qué está aquí?

—No, mi comandante —contestó Graves con cierto recelo—. Simplemente me ordenaron que viniera.

Fernández Durán se sentó en la silla que quedaba libre, de espaldas a la puerta y frente a Graves, estudiando a éste con atención. Momentos después, con parsimonia, extrajo los papeles de la cartera, los distribuyó sobre la mesa y los volvió a ojear por encima con escaso interés, como si conociera de memoria su contenido. Finalmente se dirigió a Graves con tono neutro.

—Según la documentación que obra en nuestro poder —dijo Fernández Durán señalando los papeles que estaban sobre la mesa—, hasta hace poco usted ejercía labores de chófer para el comandante Durruti ¿Es así?

Graves, con el miedo metido en el cuerpo, no estaba muy seguro de si la respuesta correcta, la respuesta

esperada, era decir que sí o decir que no. Finalmente optó por contestar la verdad. Al fin y al cabo, él no tenía nada que ocultar.

—Sí, señor —respondió Graves con recelo.

—Y que se encontraba ejerciendo dichas labores el día que Durruti recibió el disparo que acabó con su vida, el pasado 19 de noviembre —continuó interrogándole Fernández Durán.

—Sí, así es, señor.

—Cuéntenos lo que ocurrió ese día. Sé que han pasado cerca de dos meses pero intente ser lo más fiel que pueda a los hechos. Relátelos con el mayor detalle que sea capaz de recordar.

Graves, nervioso, inspiró profundamente. Seguía sin saber en calidad de qué había sido llamado y el lugar en el que se hallaba no ayudaba mucho a despejar sus dudas.

—Esa mañana nos encontrábamos en el cuartel general de la *Columna Durruti*, en la calle Miguel Ángel —Julio Graves fijó su mirada en el infinito, tratando de evocar los hechos que estaba relatando—. Yo estaba preparando el coche porque íbamos a salir a dar una vuelta de reconocimiento, creo recordar. Alguien llegó al cuartel general y habló con Durruti durante unos minutos. Recuerdo que, mientras hablaban, Durruti parecía muy enfadado y hacía muchos gestos y aspavientos. Nada más terminar de hablar

con esa persona, Durruti se acercó a mí y me dijo que nos íbamos inmediatamente a la Ciudad Universitaria. Montamos en el coche y nos fuimos para allá.

—¿Recuerda el nombre de la persona que habló con Durruti? —le interrumpió Fernández Durán.

—No, mi comandante. Sé que era alguien de la columna. Le había visto en varias ocasiones, pero no sé su nombre.

—¿Quiénes subieron al coche?

—El sargento Manzana, que acompañaba a Durruti como solía ser habitual, el propio Durruti y yo, señor.

—Prosiga —señaló Fernández Durán.

—Llegamos a la plaza de Cuatro Caminos y giré por la Avenida de Pablo Iglesias a toda velocidad. Pasamos al lado de unas casitas bajas que hay al final de la avenida y luego giramos a la derecha. Recuerdo que hacía muy buen día. Me chocó por las fechas en las que estábamos, a últimos ya de noviembre. Llegando a una bocacalle vimos a un grupo de milicianos que parecía venir a nuestro encuentro. Durruti sospechó que aquellos muchachos tenían la intención de abandonar el frente y me ordenó detener el coche. Maldita la hora, mi comandante. Estábamos en zona de fuego enemigo. Las tropas moras, que ocupaban el Hospital Clínico y dominaban el lugar, disparaban contra todo lo que se movía. No se oían más que tiros por todos lados. Por precaución,

estacioné el auto en la esquina de uno de aquellos hotelitos de la zona. Durruti y Manzana bajaron del coche y se fueron hacia el grupo de milicianos para preguntarles dónde iban. Los soldados, sorprendidos en su falta, no supieron qué contestar. Durruti les reprendió severamente y les ordenó que volvieran a sus puestos.

—¿En qué punto exacto del recorrido realizaron dicha parada? —preguntó Fernández Durán.

—No sabría decirle con exactitud, mi comandante —respondió Graves—. Como le he dicho, bajamos por la Avenida de Pablo Iglesias y luego giramos a la izquierda por una calle que hace curva y bordea los hotelitos. Avenida del Valle creo que se llama, pero no estoy muy seguro. Al final de esa calle es cuando giramos a la derecha y nada más doblar la esquina, nos paramos.

—¿Y usted descendió del vehículo? —preguntó de nuevo Fernández Durán.

—No, señor. Yo estaba al volante y con el motor en marcha, a la espera de que volvieran para ponernos a salvo lo antes posible. Ya le he dicho que la zona estaba siendo batida por fuego enemigo.

—¿Qué ocurrió después?

—Los soldados a los que reprendía Durruti agacharon las orejas y se dieron media vuelta, mi comandante. Durruti y el sargento Manzana se vinieron para el coche. Estábamos

enfrente del Hospital Clínico y los rebeldes no dejaban de disparar. Varias balas silbaron cerca. Muy cerca, mi comandante. Parecía como si los moros se hubieran dado cuenta de que estábamos allí y, al ser un blanco fácil, hubieran decidido arremeter contra el coche. Pude oír a mi espalda cómo Durruti abría la puerta de atrás del coche y a continuación un disparo. Durruti cayó al suelo con el pecho cubierto de sangre. Yo salí del vehículo y, junto con Manzana, lo colocamos en el asiento de atrás. Di media vuelta al coche y me dirigí a toda velocidad hacia el hospital que hay en el hotel Ritz. Al llegar nos atendió el doctor Santamaría, el médico de la columna, y se llevó a Durruti rápidamente a los quirófanos que estaban en los sótanos del hotel. Manzana y yo nos volvimos al cuartel general a la espera de noticias o de nuevas órdenes. Por la noche volvimos al hotel Ritz. Durruti estaba muy mal, inconsciente. El doctor Santamaría nos dijo que había muy pocas esperanzas, que la herida era muy seria y que no sabía si pasaría de esa noche —a Julio Graves se le enturbiaron los ojos y su voz se quebró—. Y no pasó, señor. No pasó. Murió esa misma madrugada.

Graves bajó la mirada hacia la gorra que sostenía entre sus manos y se mantuvo en silencio. Fernández Durán hizo una pausa con intención de que Julio Graves se serenase. Graves, turbado, levantó la mirada y carraspeó. Fernández Durán continuó preguntando como si nada hubiera sucedido para no azorar más a aquel hombre.

—¿Resultó herido alguien más durante el incidente?

—No, señor. Sólo hirieron a Durruti.

—¿Qué es lo que ocurrió según su opinión, Graves?

—Esos malditos fascistas, señor. Los rebeldes tenían tomado el hospital y disparaban para todos lados. Alguno durmió esa noche sin saber todo el daño que había hecho. La persona que disparó quizá hasta lo hizo sin apuntar, a bulto, y con ese disparo mató a una de las mejores personas que he conocido en mi vida.

—Está bien, Graves. ¿Desea añadir alguna cosa más?

—No, mi comandante.

—Puede retirarse.

Graves se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando iba a salir, se detuvo un momento, dudó durante una décima de segundo, como si fuese a añadir algo más y finalmente salió cerrando la puerta tras de sí, dejando a los dos oficiales en la sala.

Fernández Durán permaneció sentado, mirando al frente, sin decir una palabra. Después se giró hacia su asistente.

—¿Qué le ha parecido, teniente?

—Nada especial, mi comandante —respondió Alcázar—. Ha añadido algunos detalles que desconocíamos

pero, básicamente, los hechos coinciden con los reflejados en los informes que disponemos.

—¿Pudo finalmente localizar a todas las personas de la lista que le di, Alcázar? —inquirió Fernández Durán.

—Sí, señor —contestó Alcázar al tiempo que se levantaba del escritorio para acercarse hasta donde se encontraba Fernández Durán—. Exceptuando a los milicianos a los que increpó Durruti. Me ha sido imposible dar con ellos. Pero le he pedido al capitán Angulo, de la columna *Del Rosal*, que venga.

—¿Quién es ese tal capitán Angulo, Alcázar? —preguntó Fernández Durán extrañado—. No está en la lista que le entregué ni consta como testigo presencial del hecho en ninguno de los informes.

—Y no lo fue, mi comandante —explicó Alcázar—. Cuando buscaba a los milicianos me dijeron que el capitán Angulo era el oficial de la agrupación bajo la que servían y también me dijeron que conoce de primera mano lo que ocurrió porque se lo contaron sus propios hombres. A falta de otra cosa, me he tomado la libertad de pedirle que viniera.

—Está bien, Alcázar.

Alcázar dudó por un instante. Finalmente decidió hacerle al comandante la pregunta que rondaba por su cabeza.

—¿Puedo hacerle un comentario, mi comandante?

—Hágalo, teniente.

—Me sorprendió, señor, que la lista que usted me entregó fuese tan escueta. Según los informes e incluso lo que se oye en la calle, hubo más testigos que dijeron haber estado presentes y que vieron lo sucedido.

—Alcázar, ya sé que según los informes y las distintas declaraciones hubo más testigos. Demasiados incluso. Si damos por válidas las declaraciones de todo el mundo que dijo verlo, la zona hubiera debido parecerse a la plaza de las Ventas a las cinco de la tarde en día de corrida. Ante un hecho de esta magnitud todos quieren ser protagonistas por un día. Pero incluso usted mismo se percató, durante los días en que estuvimos estudiando los informes que nos entregaron, de que muchas de las versiones diferían unas de otras y también de muchas de las inconsistencias en las declaraciones. Tras un estudio detallado de los informes y según mis conclusiones, me he limitado a citar a aquellos que, invariablemente y a ciencia cierta, estuvieron presentes o tuvieron que ver con el suceso sin asomo de duda. Tiempo habrá de llamar a más personas si lo estimamos necesario, pero por el momento, no lo considero así hasta que hayamos interrogado a todos los que hemos citado y veamos si podemos llegar a una conclusión. ¿A quién nos queda por interrogar hoy, teniente?

—Están citados para hoy todos los integrantes de la lista que me dio menos el sargento Manzana que está fuera,

en el frente de Aragón, comandando la columna *Durruti* y que no llegará a Madrid hasta mañana por la tarde. El resto de los citados está esperando en el despacho contiguo. El doctor Santamaría no ha llegado aún pero dijo que acudiría a la cita.

—Está bien. Haga pasar al siguiente.

—Sí, mi comandante.

Alcázar salió de la sala y Fernández Durán se quedó revisando los informes que tenía en las manos. Como había dicho el teniente Alcázar, la historia de Julio Graves coincidía en su mayor parte con la versión oficial, con la versión que circulaba de boca en boca por los despachos oficiales y que todo el mundo aceptaba como válida. Nada de todo aquel asunto parecía sugerir algún detalle turbio. Una baja de guerra más. Y aun así, había aceptado aquella extraña misión. Quizá fuese ese sexto sentido suyo que había desarrollado siendo policía, antes de la guerra. Era ese olfato entrenado a lo largo de muchos años de profesión el que le decía que algo estaba fuera de lugar. Había aspectos que a Fernández Durán no le habían gustado desde que conoció los detalles del mismo. Como por ejemplo y sin ir más lejos, su propio cometido. Aun tratándose de la muerte de un destacado dirigente de las milicias, de una figura muy representativa de la lucha en contra de los militares sublevados, aun tratándose de una inestimable pérdida, no dejaba de ser una baja más en el frente. Hasta cierto punto le resultaba verdaderamente insólito que le hubiesen encargado la labor de abrir una investigación al respecto. Recordó cómo, a primeros de enero de 1937,

estando destinado en Barcelona, había recibido un día la llamada de un superior diciéndole que había sido requerida su presencia en una importante reunión que iba a tener lugar en breve. Reunión en la que estarían presentes a su vez destacados miembros del gobierno republicano. Fernández Durán creyó que su labor se limitaría a las habituales tareas de vigilancia y escolta a las que estaba destinado y que a la sazón desempeñaba pero su superior no tardó en sacarle de su error. La explicación fue concluyente. Habían solicitado su presencia de forma explícita y no en calidad de escolta. Una comisión le había elegido debido, sin duda, a sus antecedentes como policía y a la fama mercedamente adquirida en tiempos anteriores a la guerra de su intuición policial y de su buen hacer en la resolución de los casos que le eran normalmente asignados, para llevar a cabo una investigación acerca de las circunstancias que rodeaban la muerte del comandante Buenaventura Durruti. Además, recibió la orden tajante de llevar la investigación con la más absoluta reserva y de dar cuenta de ella única y exclusivamente a dicha comisión. Al principio, le sorprendió el encargo y sobre todo las condiciones en las que debía llevarlo a cabo pero cuando, días después, se entrevistó con los miembros de la comisión para ultimar detalles, su inicial sorpresa se desvaneció al descubrir entre los presentes a altos cargos del gobierno republicano que habían mantenido una férrea y sincera amistad con el difunto. Y salió de aquella reunión con el firme convencimiento de que aquello no se trataba de un encargo oficial, sino más bien de algo oficioso en lo que parecía haber intereses personales en juego. En dicha reunión le fue entregada la escasa documentación de la

que se disponía acerca del caso y para ayudarlo a llevar a cabo su tarea, le fue asignado como asistente el teniente Alcázar. «*El sabueso*», como él lo llamaba. Un hombre de un nivel cultural más bien sencillo aun a pesar de que sabía leer y escribir correctamente, cuestión de la que, en aquella época, no todo el mundo podía jactarse, pero provisto de una notable y brillante inteligencia, de probada honestidad y reserva, dotado de un gran don de gentes y de la sorprendente habilidad de conseguir, aun en los tiempos de escasez por los que pasaban debido a la contienda, cualquier cosa que se propusiese. Desde la ubicación de una persona concreta, por difícil de localizar que ésta fuese, hasta una caja de champán francés. Fernández Durán y Alcázar estuvieron durante días investigando en archivos, estudiando declaraciones e informes, recopilando toda la información que fueron capaces de encontrar para finalmente llegar a la conclusión de que las pistas más sólidas debían encontrarse en la capital de España, el lugar de los hechos, y solicitaron permiso para desplazarse hasta Madrid con el fin de continuar con su investigación. Hacía tres días que habían llegado a Madrid y en ese tiempo récord, gracias a las diligentes gestiones de Alcázar, que sólo Dios sabía lo que habría tenido que prometer, regalar, adular o sobornar —Fernández Durán prefería no darse por enterado—, habían logrado dar con el paradero del chofer de Durruti así como del resto de supuestos testigos cuya declaración Fernández Durán consideraba indispensable para llegar al fondo de aquel asunto.

La puerta del cuarto se abrió abstrayéndole de sus

pensamientos para dejar paso a Alcázar seguido de un hombre vestido con el típico mono azul de miliciano. Alcázar cerró la puerta tras ellos en cuanto el hombre hubo pasado y se dirigió al mismo rincón de la habitación en el que había estado durante el interrogatorio de Julio Graves con el fin de continuar tomando notas. No dijo ni una palabra pero su gesto denotaba una mezcla de hastío y resignación. A pesar del celo demostrado en el desempeño de sus funciones, para Alcázar aquel asunto era una completa pérdida de tiempo. Para él estaba muy claro lo que había ocurrido en el caso de la muerte de Durruti. La versión oficial recogida en el informe era factible, correcta y no merecía la pena buscarle las vueltas a algo que no las tenía y, de hecho, así se lo había expuesto a Fernández Durán en conversaciones previas a las sesiones de interrogatorio. Aun así, Fernández Durán había insistido en llevar a término la tarea que les había sido encomendada de la forma más eficiente y completa posible.

El hombre que había entrado acompañando a Alcázar permanecía de pie, en posición de firmes. Presentaba un aspecto lastimoso. Sucio, desaliñado y probablemente hambriento, su rostro sin afeitar mostraba los efectos de semanas de combate sin descanso. Casi con seguridad, había sido sacado del frente para acudir a aquella entrevista. Fernández Durán lo observó, sintiendo una mezcla de compasión y respeto. No sólo por aquel hombre, sino por todos aquellos que, sin duda alguna, se encontraban en esos momentos en idéntica situación.

—Siéntese, por favor —dijo Fernández Durán con

deferencia, conmovido por el aspecto de aquel miliciano.

El hombre obedeció sin decir ni una palabra sentándose en la silla que momentos antes había ocupado Julio Graves. En su mirada se reflejaba cierta expectación ante lo irregular de aquella situación. Fernández Durán tomó asiento frente a aquel hombre.

—¿Cuál es su nombre, camarada? —preguntó Fernández Durán con cordialidad.

—Me llamo Antonio Bonilla —el aludido hizo una pausa—. ¿Estoy detenido, mi comandante?

—En absoluto. Sólo está aquí para responder a unas preguntas —respondió Fernández Durán—. ¿Dónde está destinado, camarada Bonilla?

—Soy de la columna *Durruti*, mi comandante —contestó Bonilla. Su tono era sencillo, campechano—. Llegamos a Madrid hace algo más de dos meses, por el día 15 de noviembre, desde el frente de Aragón. Nada más llegar nos enviaron para la Ciudad Universitaria porque parece ser que había mucho jaleo por aquella zona, y ¡vaya si lo había! Aquello fue una escabechina, ¿sabe? En cinco días cayeron por lo menos la mitad de los nuestros.

—Cuénteme lo ocurrido el pasado día 19 de noviembre —preguntó Fernández Durán.

Bonilla miró fijamente a Fernández Durán con una

mezcla de escepticismo y temor dibujada en sus ojos.

—¿A qué se refiere, mi comandante?

—Sabe perfectamente a qué me refiero. Empiece desde el principio, por favor. ¿Qué ocurrió ese día?

Bonilla dudó. A pesar de su transigencia y afabilidad inicial, Fernández Durán le miraba con cierta severidad. Bonilla tragó saliva y comenzó a hablar.

—Como le he dicho, mi comandante, nos destinaron a la Ciudad Universitaria. Nos habíamos refugiado en unos chalets que estaban cerca al Hospital Clínico. Veíamos al enemigo en las ventanas del hospital y ellos a nosotros. De vez en cuando cambiábamos algunos disparos, pero aparte de eso, la zona estaba más o menos tranquila. El día 18 por la noche se llegó hasta nosotros un capitán de dinamiteros de la columna *Del Rosal* y nos dijo que había descubierto que durante la noche las tropas rebeldes se retiraban del hospital a través de un subterráneo que comunicaba el hospital con la Casa de Velázquez para volver a sus líneas y reponer munición y también nos dijo que aprovecharíamos aquella noche para tomar el hospital cuando los rebeldes se retiraran. Decidimos que a las cuatro de la mañana haríamos una descarga sobre las ventanas del hospital y que si el enemigo no respondía, sería señal de que el edificio estaba libre y nos lanzaríamos al asalto. Así lo hicimos la madrugada de aquel día, que ya era el 19 y al no responder nadie al fuego, asaltamos el hospital, dejando fuera un retén de tiradores,

entre los que me quedé yo, para cubrir la retirada, por si había que volverse. Entraron sin ningún problema. ¡No vea usted, mi comandante, que juega! Al poco se les oía hasta cantar *La Internacional* a gritos desde la terraza del edificio. Pero con la letra de verdad, mi comandante, la de los anarquistas. Poco después se empezaron a escuchar disparos y gritos. Los rebeldes habían vuelto por el subterráneo y al encontrarse el hospital ocupado se inició el tiroteo dentro del mismo hospital, piso por piso. Se lió la *marimorena*, mi comandante. Poco a poco, nuestras tropas se fueron retirando del hospital y fueron regresando a la posición donde estábamos. Al llegar, nos dijeron que se estaban retirando por orden expresa y bajo la responsabilidad de uno de los capitanes de la columna *Del Rosal* y pensé que era necesario informar a Durruti, nuestro comandante, de cómo estaba la situación y pedirle nuevas órdenes.

Bonilla hizo una pausa y pareció dar por concluido su relato. Era más que evidente que no deseaba continuar por el camino que Fernández Durán esperaba y se dedicaba a divagar todo lo que la situación le permitía.

—No necesito el parte de guerra de aquel día, Bonilla —dijo Fernández Durán sin inmutarse pero sin dejar de mirarle a los ojos—. Quiero saber lo que pasó después. Continúe, por favor

Bonilla titubeó por un instante y siguió hablando.

—Avisé a dos hombres de nuestra columna y les dije

que se vinieran conmigo. Escogí a un tal Lorente por ser el mejor conductor y a Miguel Doga, compañero valiente donde los haya, por si teníamos problemas por el camino. Cogimos un coche, un viejo *Hispano-Suiza* que nos dejaron los camaradas de Madrid, para dirigirnos al cuartel general de la columna, en la calle Miguel Ángel, donde sabíamos que estaba Durruti. Al llegar al cuartel general vi a Julio Graves, que era el chofer de Durruti, preparando el *Packard* que usaban habitualmente porque, según me dijeron, Durruti y el sargento Manzana tenían intención esa mañana de salir a dar una vuelta de reconocimiento. Al vernos, se acercaron a nosotros y le conté lo que había pasado la noche anterior. ¡Que cabreo se cogió Durruti, mi comandante! Me dijo que quería decirle cuatro cosas al capitán ese de la columna *Del Rosal* y que iría de vuelta con nosotros. Me fui para Julio y le dije que nos siguiera con su coche porque algunas de las calles estaban muy batidas por el enemigo y que les llevaríamos por las menos peligrosas. Y montaron en el coche para seguirnos hasta la Ciudad Universitaria.

—¿Iba alguien más con ellos? —interrumpió Fernández Durán.

—No, mi comandante. Sólo iban ellos tres en el *Packard* y nosotros tres, Lorente, Doga y yo, delante. No venía nadie más.

—¿Conoce el paradero actual de Lorente o de Doga?

—A Doga oí decir que lo mataron una semana

después, en la Ciudad Universitaria, pero no le puedo asegurar si es cierto o no. De Lorente no sé nada, mi comandante.

—¿Y la escolta habitual de Durruti? —volvió a preguntar Fernández Durán.

—No vino. Durruti se cabreó tanto cuando le conté lo sucedido que no quiso esperar ni a la escolta. Ya sabe usted lo *echao p'álante* que es... —Bonilla hizo una pausa, dándose cuenta del error cometido—. Perdón, mi comandante, quería decir que era...

—Prosiga —le instó Fernández Durán.